

Eva y las Amazonas en el imaginario occidental¹

Eve and the Amazons in Western culture

Blíthz Lozada Pereira²

Resumen

El artículo muestra la visión judía de la mujer plasmada en las paradojas de Eva, las inconsistencias concernientes al pecado, la incongruencia de la obra perfecta de la creación, y la visión patriarcal manifiesta en la imagen subalterna, vulnerable y débil de la mujer -imagen que influyó desde muy temprano en la cultura occidental-. Pero las paradojas no reflejarían el pretendido desprecio por la inferioridad ontológica de la mujer, sino develarían el otro lado masculino marcado por la tentación, el deseo y el poder; voluntad que recluyó a las mujeres a la esfera doméstica y la maternidad, conculcó su libertad y las hizo responsables del mal en la historia. El texto también pone en evidencia a las Amazonas como una imagen detestable para el imaginario occidental machista. Ellas representan un riesgo político al renunciar a la maternidad, resquebrajar el orden haciéndose guerreras y evocar la posibilidad de independencia femenina, sometiendo a los hombres. Son la imagen que Occidente extirpa por su autonomía y autosuficiencia que hace a los hombres, elementos de su propia instrumentalización social y de género.

-
- 1 Algunos fragmentos de este texto, el autor ha publicado en su libro *Theatrum ginecologicum: Filosofía del guion femenino*. Es posible obtenerlo gratuitamente en el siguiente enlace: http://www.cienciasyletras.edu.bo/publicaciones/filosofia/libros./Theatrum_ginecologicum
 - 2 Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua asociada a la Real Academia Española. Docente emérito de la Universidad Mayor de San Andrés e investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Ha publicado 20 libros y escrito 75 artículos para revistas especializadas publicando artículos periodísticos en formato físico y electrónico. Licenciado en filosofía con estudios de economía. Maestría en gestión de la investigación científica y tecnológica, y maestría en filosofía y ciencia política. Diplomado en educación superior y ciencias sociales. Fue miembro del Comité Ejecutivo de la Confederación Universitaria Boliviana y de la Central Obrera Boliviana.

Palabras clave: Feminismo // Patriarcado // Machismo // judaísmo // Amazonas // Mitos griegos // Imaginario occidental

Abstract

The article shows the Jewish view of women expressed in the paradoxes of Eva, inconsistencies concerning sin, the incongruity of the perfect work of creation, and the patriarchal point of view revealed in the subordinate, vulnerable and weak image of women –active image from very early in Western culture–. But the paradoxes not reflect the alleged contempt for the ontological inferiority of women, but show the other male side characterized by temptation, desire and power; will that detained women to the domestic sphere and motherhood, infringed his freedom and became responsible for the evil in history. The text also highlights the Amazons as a detestable image for the masculine Western imagination. They represent a political risk by say not to motherhood, crack the order becoming warriors and raising the possibility of female independence; subjecting men. They are the image that the West removed for autonomy and self-sufficiency that makes men, elements of their own gender and social manipulation.

Keywords: Feminism // Patriarchy // Sexism // Judaism // Amazon // Greek myths // Imaginary western

El propósito de este artículo es mostrar cómo determinadas construcciones simbólicas forjadas en el imaginario judío y griego, evidencian paradojas y profundos temores frente a la imagen de la mujer. Particularmente se trata de dos núcleos que forjaron el nacimiento de la cultura de Occidente constelando un universo semántico en torno al papel femenino, papel donde se dibujan las paradojas y los temores de lo que se presenta. Se trata de las insólitas asociaciones del pecado y del miedo que generaría entre los hombres lo que las mujeres representan explícitamente. Es lo que potencialmente podría suceder si comenzara a restringirse el uso masculino del poder político; de la liberación que implica la aceptación plena y libre de la sexualidad sin mancha, y del comienzo de la erradicación de una pérfida visión donde las mujeres son seres pecaminosos, responsables de acciones catastróficas que destruirían el orden construido, y vehículos del mal. El artículo interpela a que las mujeres se desesperen de la mororra doméstica a la que Occidente las ha deportado, liberándose, de modo muy desagradable para el imaginario machista, del papel de protagonistas subalternas de una historia ajena. Se trata de desencadenar una actividad febril constructora de la nueva historia, aquella que los hombres fueron incapaces de realizar con una visión inclusiva y de equidad.

1. Las paradojas de Eva

Eva nació de la vértebra o de la costilla de Adán para que el primer hombre sea plenamente él, en el edénico telón de fondo creado por la omnisciencia y bondad de Dios. Ella descubrió que los animales adquirirían identidad solo después de que Adán les daba un nombre, sancionando su unión. Eva no hubiese sido la madre de la humanidad ni hubiese disfrutado de su cuerpo, si habría permanecido en el Edén sin nombre, sin sexo, sin deseo y sin progenie; pero esto representaba pecar. Conocer el placer precipitó el pecado, Para que sea la primera madre debió quebrantar la esfera divina que rodeaba a Adán, tuvo que estimularlo con su animalidad sexual y motivarlo a *hablar*. En resumen, si bien Eva representa la causa eficiente que ocasionó la pérdida del paraíso, fue también en el imaginario occidental, la trasgresión que permite que la humanidad se irguiera frente a Dios. Así, el pecado conquistó la libertad y permitió ejercer la voluntad propia, se convirtió en el vehículo para transitar de una vida ingenua y simple a una vida consciente, capaz de verbalizar. Es la vida que identifica las cosas, que disfruta la desnudez propia y ajena, y que copula en procura de gozo, perpetuando la existencia de la progenie.

Por lo demás, el mensaje judío que señala que Eva procede de Adán, refiere en definitiva, que debe someterse al hombre, no solo para ayudarlo, servirle y apoyarlo, sino para complacerlo en cualquier pulsión que éste tenga procurando someterla y dominarla. Además, para la mujer habría un deseo arcano ferviente plasmado en el ansia de que el hombre la posea, tanto física, como psíquica y espiritualmente.

Las relaciones de sometimiento reflejarían simétricamente la posición de la mujer en relación con el hombre, y la posición del hombre en relación con Dios. La preeminencia y prelación de Dios sobre el hombre como su creador también expresaría la preeminencia y prelación del hombre sobre la mujer, puesto que del cuerpo de aquél, Dios habría tomado el material que dio existencia a ésta. Además, siendo la naturaleza de ambas criaturas similar, así como Dios habría puesto especial atención en el hombre como su creación, al hombre le correspondería atender con dedicación y asiduidad el bienestar de *su* mujer, como si se tratase de su propio cuerpo. Recíprocamente, no existiría peor perversidad que la del hombre que se levanta contra Dios o que la mujer pretenda dominar a su hombre. Aquí el contenido del mensaje es evidente, con una visión teológica machista

Aparte de la paradoja del pecado y el placer; el deseo ferviente de tener contacto físico con el hombre, imagen que los judíos elaboraron con una censura extrema, muestra otra paradoja de Eva. Se trata del deseo sexual que no es solo femenino, sino que conjuga al hombre en la complicidad de la unión carnal; sin que se extinga la posibilidad de que se trata de una unión corpórea que patentizaría una dimensión espiritual. En efecto, al lado del pecado cometido por dos almas que se compenetran en el sexo, fue necesario que los judíos refieran el

sexo también como la plenitud íntima de una unión sancionada por Dios, aunque fuese solo en el matrimonio, y no con el placer como objetivo final. Por lo demás, la inicial soledad de Adán se corrigió con la creación de Eva, que cumpliría a plenitud el sentido de su existencia: ser absolutamente distinta al primer hombre y existir para servirlo. Se trata de otra forma de la paradoja: el hombre solo es plenamente gracias al ser que manifiesta deseo y lascivia, tal es la esencia pecaminosa de su existencia.

La imagen atávica prevaleciente en la subjetividad colectiva judía establece que la caída del hombre y el pecado original que la humanidad debía cargar indefinidamente, se deben al papel asignado a la mujer, visualizada como el ser subalterno moral, psíquica y espiritualmente. En efecto, el mensaje judío aboga por una pareja humana ideal, creada por Dios, en la que la equidad no tiene sentido. Es una relación de dominio en la que cualquier insubordinación femenina implica una amenaza temible. Que la mujer sirva al varón, que satisfaga sus necesidades de modo que éste construya obras bellas y sólidas como las de su Creador, sería el sentido perfecto y el objetivo último de la existencia de la mujer. Así, el hombre, *su* mujer y los hijos que tuviesen, darían lugar a la multiplicación de la especie, a producir frutos gracias a las bendiciones de Dios y a servir con sumisión al Creador.

Aquí surge, posiblemente, la más profunda paradoja de Eva: el ser que es responsable para que el mal se instituya en el mundo, la mujer en forma humana o demoniaca, Eva y Lilith, impidieron que el Adán real de carne y hueso se convirtiera en el Adán ideal e inmortal. No obstante, que el mal adviniera en el mundo, que Eva tuviese connivencia con la serpiente, representa también que se satisficieron las condiciones imprescindibles para que exista la humanidad. En resumen, Adán es la víctima tanto de la perfidia de la serpiente como de la vulnerabilidad pecaminosa de Eva, con quien queda, no obstante, destinado a ser el padre de la prole que representa a la humanidad entera.

Este contenido del imaginario judío contrasta con lo que señala Mircea Eliade, respecto de una triada frecuente en algunas religiones. Se trata de la diosa desnuda, el árbol milagroso y la serpiente como guardián. Eliade dice que en oposición al relato bíblico, la secuencia de varias narraciones religiosas establece que, finalmente, el héroe logra apoderarse del fruto milagroso que es un tesoro, consistente, por ejemplo, en la fuente de la juventud.

Después de la expulsión del Edén, Adán y Eva descubrieron su desnudez, lo que permitió que Adán “conociese” a su mujer, procreando a Abel y Caín. Eliade dice que en tanto Abel representa al pastor que cría ganado, Caín fue asociado con la agricultura, pero también con la técnica y la civilización urbana. El asesinato de Abel cometido por Caín muestra la preferencia de Dios por el tributo pastoril frente a la ofrenda agrícola. Aquí aparecen nuevas paradojas referidas en última instancia, a la narración de Eva. Por una parte, la caída de la humanidad

sería más honda y fatal, en cuanto suceda en contextos urbanos asociados con la técnica, la civilización y la ciencia. En segundo lugar, quienes cultiven el conocimiento, la inventiva y fabriquen herramientas, fomentarían una dimensión mágica de la vida vinculada al fuego; en definitiva, reproducirían el pecado original de ansia de saber, recorriendo los límites de lo desconocido y permitiendo la erección libre del hombre, incluso por encima de la estatura de Dios.

Resulta interesante que Eliade enfatice que en varias culturas se asociaría a los herreros divinos, con los héroes civilizadores y la agricultura. Tales asociaciones unirían, por ejemplo, a Hefesto con el desarrollo de la técnica, el hierro y la civilización; y a Zeus con el orden político, la razón y el conocimiento. Así, la imagen de Caín tendría una constelación paralela en varias dimensiones, en lo concerniente al papel de Prometeo frente al fuego de los dioses, además de la figura de Pandora vertiendo los males sobre la tierra. Finalmente, es sugestivo que el símbolo contrario a la agricultura, la imagen de Caín, termine sus días deambulando por el mundo habiendo encontrado a Lilith para copular.

2. Las prohibiciones de Dios y el pecado del hombre

En el relato del *Génesis*, un tema importante es la prohibición. Dios habría prohibido al hombre, bajo riesgo de muerte, comer del árbol de la ciencia del bien y del mal; callando en cambio, respecto de la prohibición de comer del árbol de la vida, el árbol que otorgaría la inmortalidad. La prohibición que Dios impuso a Adán y a su mujer, refiere una condición de tutela. La humanidad restringida a un varón y una mujer, estaba obligada a obedecer de modo indefinido para su propio beneficio. Tal era la garantía para que la especie humana disfrute de pueril bienestar y de una apacible quietud que Dios habría creado para ella, ubicándola en el lugar privilegiado de su creación.

La prohibición de Dios muestra un proyecto utópico, inerme y de eterna existencia de una dulce ingenuidad de la humanidad. Si Dios “engaña” al hombre y a la mujer al decir que si comían del árbol del conocimiento morirían, es porque aparece como su pastor y padre, obligado a cuidar de su rebaño incluso a costa de mentirle. En cambio, la serpiente apela a las pulsiones de la mujer en primera instancia, porque en el imaginario judío fue imperativo establecer la especificidad detestada de las emociones femeninas y también su vulnerabilidad ante las tentaciones; se trata de los factores que motivarían con facilidad a la primera mujer a que trasgreda la prohibición.

Para Mircea Eliade, el Edén se encontraba en el imaginario judío, como la mayoría de los paraísos soñados por las culturas, en el *centro del mundo*. Así, en la tradición hebrea, el término *Edén* fue relacionado con *e'den* que significa “delicias”. No obstante, según opiniones diferentes, las palabras sumerias *eden* o *edin* serían el origen de Edén y significarían “llanura” o “tierra sin cultivar”. Por

lo demás, corresponde a la palabra *paraíso* (*pairi-daeza*) un origen persa tardío: jardín dividido en cuatro secciones.

Mientras el hombre y la mujer no trasgredan la prohibición, vivirían en un “estado de tutela” en el que la imagen de Dios aparece como un ser patriarcal, falocrático y normativo. Los judíos sepultaron como críptica y secreta cualquier interpretación que refiera la androginia de Dios. No podían divulgar que un ser andrógino haya creado a la humanidad primordial. En lugar de eso, instituyeron su sexo como *masculino*, y supusieron que Dios refería una absoluta carencia de pulsiones sexuales, evidentes por lo demás, en las deidades de otras religiones, como las del panteón griego por ejemplo.

A contrahilo de otras religiones que reivindicaron el modelo de la bisexualidad divina (síntesis de la totalidad y la unidad, lo femenino y lo masculino, lo visible y lo invisible, el cielo y la tierra, la luz y las tinieblas, la bondad y la malignidad, la creación y la destrucción); los judíos no podían aceptar que la imagen de Dios y la del hombre, compartiesen tanto una identidad masculina como otra femenina. Pese a la mística judía del Medioevo expresada en la *Cábala* y la literatura rabínica del *Talmud*, la exigencia del discurso mítico del *Génesis*, obligó indefinidamente a la discrecionalidad sexual.

Todavía hoy, es un saber críptico develado solo para los iniciados en los misterios de la religión judía, que aparte de la existencia de Adán como hombre, hubo otro “primer” hombre, uno ideal y luminoso similar a Dios: un ser andrógino. Tal hombre sería un ente *primordial*, el reflejo de Dios, un inmortal con el atributo masculino realizado en el intelecto perfecto, y con la cualidad femenina de la sabiduría que genera vida. Se trataría del *verdadero* Adán de dimensiones colosales y que como ser andrógino de dos caras, tendría en una de ellas a la faz de Lilith. Pero este saber secreto no es el que se ha difundido en la cultura occidental; ni Dios andrógino alguno, tampoco el hombre con una naturaleza maléfica intrínsecamente, ni la unidad bisexual de la humanidad podían ser los contenidos de la visión ampliamente difundida por el dogma del judaísmo.

La aparición del mal está personificada en la serpiente, identificada con el “contrincante” (Satanás), y evocada como Lilith, la reina de los demonios femeninos. La serpiente es en el relato público y en la imaginación judía, un ángel que debía cumplir la función de protector del árbol de la vida. Dios no habla de este árbol a Adán y Eva, no prohibió que desearan ser semejantes a Él comiendo del fruto que los inmortalizaría. Solo prohibió que comieran del árbol que les brindaría conocimiento al grado de hacerlos conscientes del bien y del mal: les prohibió el fruto que los haría, tanto a hombres como mujeres, seres omniscientes.

Pero, el árbol de la vida es más importante que el árbol del conocimiento. Dios podía permitir que el hombre y la mujer llegasen al conocimiento absoluto, pero por ninguna razón daría lugar a que alcanzasen la inmortalidad. La vida humana debía tener fin, ni los hombres ni las mujeres podrían compartir con Dios la esencia de una identidad eterna, debían ser contingentes, pasajeros y finitos.

El imaginario judío señala que la primera causa de la caída del hombre, el pecado de Adán, radicarán en la metamorfosis del ángel en serpiente, se trata de la transformación en un ser maléfico, el antagonista de Dios: Satanás, Lilith o la reina de los súcubos. La metamorfosis fue el preludio de nuevos cambios que darían lugar a otras expresiones del mal. Después, se habría producido la expulsión de la serpiente del Edén y su anidación en la tierra.

Según el relato mítico, Dios creó un ángel de alas desplegadas para proteger el árbol de la vida, lo vistió de manera preciosa e hizo de él un querubín sabio y bueno. Pero en este ángel surgió un cambio súbito obnubilado por su propio esplendor y ensoberbecido por su belleza: apareció la maldad. Su sabiduría se corrompió por el deseo de brillar más que Dios, su bondad se diluyó por el creciente interés de ser más bello que su Creador.

El querubín guardián tramó cómo realizaría sus propósitos, lo mejor sería evidenciar ante Dios la futilidad de su obra: él debía mostrarle que su principal creatura, el hombre, había existido apenas para pecar en cuanto le fuera posible. Así, Dios se decepcionaría de su creatura y de sí mismo sabiendo que no podía evitar que el hombre se condenase a padecer los sufrimientos de su propia vida en un mundo hostil y lacerante. Por lo demás, son evidentes las asociaciones de lo femenino con el pecado. No se trata solo de Eva y su vulnerabilidad a pecar; no es solo la responsabilidad de Eva para que el hombre caiga precipitándose el mal en el mundo; se trata también de la aparición de la fuerza maligna como metamorfosis primordial, del ángel bello y brillante, en la serpiente, el animal hembra que reptar; o en Lilith, la mujer súcubo que gobierna el mundo de los demonios.

3. La Caída, la mujer y el mal

Mantener a la humanidad en el jardín de las delicias tuvo una condición para Dios: que el hombre y su mujer permanezcan sometidos a la ley. El carácter patriarcal del Dios judío mienta el principio de realidad que prohíbe la trasgresión; ésta a la vez, se asocia con el deseo de conocimiento. Solo conociendo la posibilidad de realizar el mal es posible efectuarlo, solo sabiendo de su existencia puede el hombre preferirlo. La caída radica en la trasgresión al orden establecido por Dios, en el uso radical de la libertad y en ser complaciente por albergar emociones de maldad. En el *Génesis* la caída tiene sentido porque es parte de una cultura centrada en la omnipotencia y los celos, en la identificación de la desobediencia con la soberbia luciferina y en la visualización de la mujer como causa, meta y mecanismo del nefasto proceso de la caída.

El ser femenino se consteló en la narración mítica judía como la causa eficiente, insidiosa y desdeñosamente secundaria gracias a la cual el hombre despertó el resorte motivacional de igualarse a Dios; pero el resorte fue el pecado de pretender *tener poder*. Después de que Adán y su mujer distinguieron el bien del

mal al comer el fruto prohibido, supieron que existía una forma de alcanzar el poder de Dios: lo lograrían si comían el fruto del otro árbol sobre el que Dios había callado y que si lo ingiriesen, se convertirían en seres inmortales. Pero, Dios se adelantó a tan nefastas consecuencias, los expulsó del Edén y los condenó a la condición humana. Desde entonces la humanidad tendría que trabajar para vivir, la subjetividad de cada individuo de la especie cargaría filogenéticamente el peso de la caída de Eva arrastrando a Adán, y ambos con su indefinida progenie estarían destinados a crear universos de vida temporales, inconsistentes e irremisiblemente conducentes al esfuerzo, la muerte, la angustia y el sufrimiento.

Solo después de la caída de la mujer de Adán, primero llamada “Varona”, adquiriría el nombre de “Eva” al ser llamada así por Adán. El lenguaje aparece en el imaginario judío desplazándose en la dimensión performativa: *creando* cosas con las palabras; es decir, los actos verbales *aseverativos* y *declarativos* consumirían una forma de ser de la realidad, de modo que Adán, al momento de nombrar a los animales y a las cosas que Dios creó, les habría dado existencia estableciendo el lugar que ocuparían en *su* mundo. Además de los animales estaban las “cosas” nombradas por él, incluida *su* propia mujer. De esta manera, el ser de Eva, habría adquirido realidad y legalidad, ocupando un sitio en el mundo del hombre, solo gracias a la acción de Adán.

Theodor Reik interpreta la tradición talmúdica según el sentido del acto verbal *aseverativo* y *declarativo*. No obstante, ésta no es la versión que los judíos difundieron en el *Génesis*. Según Reik, cuando Adán dio nombre a los animales, sancionó en verdad, la unión sexual de las bestias. Así, gracias al nombre que les puso se preservarían las especies y se daría la existencia de las cosas del mundo según la disposición divina pensada para el Edén. Del mismo modo, solo cuando Adán habría dado nombre a *su* mujer llamándola *Eva*, habría sancionado la unión carnal con ella, garantizando la descendencia y la existencia de la humanidad. Esto, no obstante, acontecería después como consecuencia de la trasgresión; sería expresión y resultado placentero del pecado original. En resumen, hasta antes de haber recibido el nombre de parte del marido, la mujer habría sido solo la *hembra* del varón con la que Adán no copulaba.

Que aparezca el nombre de Eva después del descubrimiento de la desnudez de ambos y de su expulsión del Edén, que el nombre de Eva sea mencionado antes de la unión sexual de la mujer con Adán, unión que sería el principio de la humanidad, pone al descubierto la visión patriarcal del mito bíblico. La mujer tendría identidad en cuanto su realización se dé con la maternidad; y solo en cuanto la mujer soporte, al lado de su pareja como compañera y cómplice, las vicisitudes que les toque vivir a ambos, dando sentido a su existencia.

Pese al establecimiento de la precaria condición humana y pese a que el mal provendría de una creación perfecta, la misión del querubín alado metamorfoseado en serpiente habría tenido éxito plenamente, cumpliendo el insondable

plan de Dios. A los hombres y a *sus* mujeres les fue negado dramáticamente el acceso al árbol de la vida dando lugar a lo que debía pasar: la expulsión del paraíso y el inicio de la trama salvífica. Gracias a que Adán cometió la peor falta contra su Creador, pese a que el efecto fue el advenimiento del mal con aplastante presencia en el mundo, también gracias a Adán quedaría abierta la puerta para afirmar la esperanza en un Mesías que cumpliría desde entonces en el imaginario occidental, el papel de Salvador de la humanidad.

4. Evocación de las amazonas

Las amazonas deben su nombre a la palabra *amazoi* (αμαζοι) que significa *sin pecho*, se admite que ellas mismas extirpaban el seno derecho a las niñas para optimizar su experticia como arqueras y para lanzar la jabalina, aunque también existen representaciones artísticas de las amazonas como guerreras con ambos senos desnudos. No obstante, habría otro significado etimológico proveniente de una palabra armenia que indicaría *mujeres-luna* asociadas a la Diosa Blanca.

Los escitas se referían a ellas como “matadoras de hombres”. Según Democles, habitaban Éfeso, Magnesia y Priene. Por su parte, Flavio Arriano dice que las amazonas solo consideraban la genealogía por línea materna y que sus reinas dieron nombre a varias ciudades entre ellas a Éfeso y Elea. Temiságoras dice que las mujeres que vivían cerca de Éfeso abandonaron las labores femeninas y ceñidas con correas y armas realizaban las tareas masculinas. Una etimología de la palabra *amazona* refiere que provendría de *emón* (ημών, mieses) y *dsóne* (ζώνη, cinturón).

Es muy probable que las amazonas tuviesen dos reinas, una para la guerra y otra para los asuntos domésticos, incluyendo la caza y la agricultura. Cuando participaban en la guerra lo hacían en parte al menos, con un poderoso ejército de guerreras a caballo, usaban la espada, el hacha doble y un escudo en forma de luna creciente. En lo que respecta a su gobierno, hay versiones que las presentan como crueles personajes, seres que esclavizaban a los niños, los mataban o cegaban. Otras versiones en cambio, las muestran como mujeres que hacían un uso práctico de los hombres cautivos o de tribus vecinas, copulaban con ellos dos veces al año garantizando la reproducción de las niñas, puesto que devolverían los niños que naciesen a las tribus de sus progenitores.

Gobernaron distintas regiones de Europa, Asia Menor y África, fundaron varias e importantes ciudades de la antigüedad. También se señala con base en múltiples relatos y con ciertas evidencias históricas, que acuñaron antiguas monedas, construyeron estatuas y templos para conmemorar a sus fundadoras y que al menos en la isla griega de Lemnos establecieron un reino gineocrático. Otras evidencias sugieren que en el norte de la actual Turquía cerca del mar Azov, durante la Edad de Bronce hubo una nación matriarcal que coligaba varias ciudades

Estado. En esta región circunscrita por el río Thermodón que desemboca en el Mar Negro habría estado la capital de las amazonas: Themiskyra fundada por Lysippe, llegando a ser un dominio con amplia influencia cultural desde el siglo VI hasta el siglo IV antes de nuestra era.

En esta región existió un gobierno gineocrático restrictivo y descentralizado con muchas reinas de diversas tribus. Aparte de tener hegemonía sobre el gobierno, solo las mujeres podían cultivar la tierra y participar en actos de guerra. Heródoto narra que unos guerreros escitas descubrieron debajo de la armadura de un antagonista a una mujer, una amazona. Habiendo decidido cortejarlas y no enfrentarlas, para procrear hijos feroces y ostentosos, las esperaron en un lugar donde ellas se retiraban en pareja. Ellas los recibieron muy bien y copularon con los dos primeros escitas. Después lo hicieron con todos los demás. Aunque no pudieron entenderse por la diferencia de lenguas, los escitas les propusieron ir a la tierra de ellos como sus esposas, a lo que las amazonas se rehusaron dando a entender que ellas se dedicaban a tareas militares y que de las actividades domésticas no tenían ningún deseo, conocimiento ni capacidad para efectuarlas. En el relato de Heródoto, finalmente, los escitas se quedaron cerca del río Don sin que pudiesen ni ellos ni las amazonas comprender plenamente el lenguaje del otro, por lo que surgió el dialecto conocido como sarmatiano.

Mujeres dueñas de su destino político, amantes de la guerra y capaces de enfrentar a las más bravas figuras de la mitología clásica como Teseo y Hércules, son visualizadas como las hijas del dios de la guerra, Ares. Esto muestra su ser efervescente, intenso, radical y violento que Occidente aprendo a temer, especialmente por ser aguerrido y por estar asociado con la Diosa Blanca. Así, Occidente debía doblegar este ser, debía someterlo para que se subordinase ante el varón, sea por el amor o por la fuerza.

Que las amazonas hayan estado asociadas con la Tierra Madre, la Luna, la serpiente o la Diosa Blanca, las vinculaba también con Artemisa. En efecto, se contaba que cuando se dirigían a Atenas a enfrentar a Teseo, se detuvieron en un lugar para brindar ofrenda, bailar alrededor y solicitar la protección de Artemisa. Según la versión de Pausanias, en el lugar habría existido un pequeño santuario donde se ofrendaba a la diosa de la tierra y de la fertilidad, permitiendo que las amazonas como mujeres armadas, rindan a Artemisa sus más apreciadas oblaciones.

Es posible comprender la importancia de Artemisa al señalar la magnificencia de su templo en Éfeso, aunque sin duda fue posterior al protagonismo de las amazonas. El templo de Artemisa fue una de las siete maravillas del mundo antiguo. Construido en el siglo III a.C., todavía hoy muestra las altas columnas dedicadas a la diosa. Se sabe que los curetos, sacerdotes de ascendencia cretense estaban encargados de llevar la leña que alimente el fuego sagrado para Artemisa. Similar origen cretense se ha dado a la diosa, sustentadora del título de “portadora de la luz” y “sanadora de desastres”. Desde la época mítica de las amazonas, existía en Éfeso el santuario dedicado a Artemisa, visualizada como diosa de la

fertilidad, de la naturaleza y de los animales salvajes. La edificación inicial habría sufrido el ataque de los sumerios en el siglo VII a. C., quedando destruida por el fuego. Después, la construcción principal fue dos veces reconstruida, especialmente por Cresos, y habría tenido dimensiones colosales: cuatro veces más grande que el Partenón, constituyéndose en la más excelsa maravilla antigua.

El templo de Artemisa mostraba al Sol en su magnificencia. El emplazamiento del templo permitía destacar el amanecer como un nuevo nacimiento del Sol cada día; así, las relaciones de Artemisa con el astro son profundas. La diosa fue la hermana gemela de Apolo, fue hermana de quien se consideraba el “dios de la luz”, representado con una corona que aparecía como aureola brillante, iniciaba su trayecto por el cielo diariamente iluminando la tierra. Por otra parte, la madre de la madre de Artemisa, llamada Febe, es decir la deidad cuyo nombre significaba, “la que tiene brillo de intelecto”, representaba a la Luna. Pues bien, Febe fue un nombre con el que también se conocía a Artemisa, en tanto que su hermano, Apolo, también fue llamado Febo. Por último, la suplantación que hizo Artemisa de Selene, cuyo nombre significaba también “luz”, y que fuera madre de Pandia, hija de Zeus, es decir, fueron padres de la “completamente brillante”, evidenciaría la vinculación de Artemisa con el pleno de la luz nocturna: la luna llena.

5. Teseo como héroe fálico

Los primeros griegos se ocuparon de forjar la imagen de los héroes recurriendo a múltiples asociaciones de los seres que efectuarían las más importantes labores para fundar la identidad de los pueblos: se trata de las acciones de los hijos de los dioses. Uno de ellos, Teseo, es significativamente importante porque su nombre (Θησεύς) significa “el que funda”. En efecto, Teseo fue el rey que liberó a los atenienses del dominio impuesto por el rey de Creta, Minos, rompiendo el sometimiento cruel extremado por la voracidad animal del Minotauro. Por lo demás, Teseo representa al héroe que despierta instantáneamente el amor romántico de una princesa, que la seduce por su valentía, se enamora de ella y que también es capaz de abandonarla dormida en una isla.

En otro orden de sus hazañas, Teseo fue el paladín que dio muerte a varios bandidos, a asesinos que se divertían con el dolor de sus víctimas, y a personajes mal entretenidos de la mitología griega, contándose entre ellos, por ejemplo, a Procustes, Sinis, Perifetes y Cerción. Como los demás héroes griegos, este semi-dios ateniense conquistó a muchas mujeres, tanto mortales como hijas de dioses o diosas; tal es el caso, por ejemplo, de las amazonas Antíope, Melanipa e Hipólita; aunque su romance más importante fue sin duda con Ariadna, contándose entre otras de sus aventuras amorosas, las que mantuvo, por ejemplo, con Fedra, Helena y Perigune.

El héroe participó en muchas expediciones, aparte de las referidas como la del laberinto de Creta, mostró su habilidad y valentía en el viaje de los argonau-

tas para conquistar el vellocino de oro; haciendo honor a su fama en trabajos contra la cerda de Cromio y el toro de Maratón. Pero, sin duda, la más importante expedición de Teseo fue la que protagonizó contra las amazonas, tarea que desarrolló después de matar al Minotauro, y de haberse consagrado como libertador y rey de los atenienses. La expedición contra las amazonas representa el trabajo del héroe que fue capaz de vencer a las hijas de Ares, dios de la guerra. En efecto, el imaginario arcaico debía mostrar que por muy valientes, hábiles y despiadadas que podían ser las amazonas, es decir las mujeres extraordinarias de la antigüedad; un hombre, aunque no cualquiera, podría y debía vencerlas. Así, en la escala de las jerarquías inclusive divinas, ningún ser femenino debía concebirse como excelso en el nivel que le corresponda, sea entre los hombres, sea entre los dioses o sea entre héroes y heroínas: el lugar de jerarquía lo tendría siempre un varón.

Hay dos versiones respecto de la expedición de Teseo contra las amazonas. En la primera, el rey ateniense habría participado junto a Heracles, en una campaña contra las amazonas. Concluida ésta, Teseo habría llevado consigo a Antíope, reina de las mujeres guerreras con rumbo a Atenas. Debido a que las amazonas decidieron invadir Atenas, Teseo tuvo que responder al ataque derrotando a las invasoras y obligándolas a firmar la paz. La segunda versión mítica de la expedición señala que Antíope condujo la invasión contra Atenas porque Teseo se cansó de ella y la cambió por Fedra, hermana de Ariadna. De cualquier modo, en el mito aparecen el valor y la fuerza masculina como las armas a la mano a las que puede acudir Teseo cuando lo requiera, para vencer con relativa facilidad a cualquier mujer, aunque se trate de las mujeres guerreras de la mitología griega.

Plutarco dice que Teseo, siendo rey de Atenas, lideró la conquista de las amazonas, pero que se enamoró de Antíope y la llevó cautiva. Después, las amazonas habrían atacado Atenas siendo derrotadas. Para Heródoto, los griegos derrotaron a las amazonas, pero éstas subyugaron a sus captores reconciliándose con ellos en la costa de los escitas. Allí habrían formado una sociedad guerrera, matriarcal y gineocrática llamada de las *saurómatas*.

Que Teseo sea el vencedor de las amazonas dibuja una faz machista del héroe, capaz de jugar y burlarse del amor de quienes fueron o de quienes serían sus adversarias en la guerra. Se trata de quien ordena y resguarda el mundo patriarcal. Debido a que las amazonas se vinculaban con la Luna o con la gran Diosa Blanca, su evocación las asociaba con la metáfora del poder de las mujeres en la época matriarcal arcana. Pero, en la medida en que Atenas adquiriría relevancia cultural en el mundo griego, no podía subsistir el conjunto de los rasgos matrísticos de las amazonas y menos la figura de la mujer asociada con la imagen de una guerrera. Debía imponerse el empeño patriarcal de homogeneización ideológica centrada en la ciudad y la casa. Así se explica la necesidad de que Teseo protagonizara el fin del último reducto mítico de poder femenino en la antigüedad.

6. Occidente frente a la imagen de las amazonas

La cultura occidental restringió la participación de las mujeres negándoles acceso al mundo público. Asumió que el *ethos* femenino estaría limitado a lo privado. No obstante, como evidente respuesta expresiva del contra-poder emergente, desde el ámbito de la intimidad, las mujeres abrieron resquicios que influirían efectiva y decisivamente en el orden político. Frédérique Vinteuil piensa que la historia de la humanidad es el despliegue de distintas formas de dominación contra las mujeres. Se trata de la puesta en práctica de múltiples dispositivos aplicados con intensidad variable. Así, los grupos sociales dominantes habrían establecido funciones relevantes para los varones exclusivamente, ejerciendo un efectivo control sobre las mujeres y el conjunto de los sujetos que concurren en la sociedad. Por ejemplo, se dieron restricciones sexuales conyugales y femeninas; además de prohibiciones emergentes de las castas dirigentes y los brujos, vistos vinculados con lo divino o la magia.

Vinteuil dice que cientos de mitos de origen narrarían las vicisitudes de los hombres con el propósito de arrebatar el poder a las mujeres, representado en una era mítica de gobierno de las diosas. Entre tales imágenes se incluye la guerra de Teseo contra las amazonas; pero también en la cosmogonía griega, y en las cosmogonías hindú y africana es recurrente el cuadro de desorden y caos primordial, identificado con el dominio de una o varias diosas. De ese *caos* habría surgido el orden patriarcal que representaría la superación de la imagen de la matriarca. Así, en los panteones arcaicos griegos surgió, al lado de la matriarca un *páredros* (πάρεδρος), un acompañante que inicialmente cumplía el papel de amante, y que posteriormente se convirtió en dios soberano después de la derrota de la diosa madre. De tal modo, el imaginario mítico representó una profunda variación de los valores predominantes, como tránsito del matriarcado al patriarcado, abundando, por ejemplo, el matricidio como tema dominante de la mitología griega.

Pese a que se ha cuestionado la existencia histórica del matriarcado, Vinteuil, insiste en que existen ejemplos de su existencia. Por ejemplo, el arte paleolítico manifiesto en la pintura rupestre en la que los seres humanos depredaban animales para subsistir solo mostraría figuras femeninas con órganos sexuales fuertemente marcados. Solo después, tardíamente, gracias a la aparición de las sociedades agrícolas, el arte neolítico incorporó la representación de falos. Así, en el mito de las amazonas se constituyó un imperativo discursivo consistente en que su sistema gineocrático debía ser derruido; que enfrentadas en la guerra nada menos que a Teseo, finalmente desaparecieran detrás de la imagen de los varones que las sometieron, las sedujeron y las oprimirían secularmente.

No obstante, recientes investigaciones corroboran que hasta fines del siglo XX al menos, subsistió una organización social plenamente matriarcal. Se trata de las mujeres *mosuo*, una tribu del Himalaya de 24 mil habitantes, aislada

geográficamente que vivía según sus tradiciones arcaicas en Loshui, un lugar de difícil acceso cerca del lago Lugo en China. En el grupo existiría el matrimonio ambulante que negaría la existencia de la familia en el sentido político y social moderno, instando a los hombres maduros a vivir con sus madres.

Los hombres *mosuo* carecían de recursos y medios económicos propios, visitaban a sus amantes desde la noche hasta el amanecer, exclusivamente para tener relaciones sexuales con cierta fidelidad, considerando que tales visitas nocturnas serían la consumación del *verdadero amor* sin mediación de intereses políticos ni económicos. Sin embargo, algunas mujeres jóvenes y bellas habrían tenido una excesiva cantidad de visitas ambulantes, en verdad, de casi todos los muchachos de su edad residentes en la comunidad, sin que se haya dado compromiso ni sanción social alguna.

La lengua de los *mosuo* carece de palabras para designar al “padre”, el “marido”, la “violación”, la “mujer”, la “guerra” y el “asesinato”. Los niños se criaban con sus madres, el dinero estaría en poder de las mujeres y la propiedad sería concentrada por las abuelas que darían sustento al entorno matriarcal del hogar. Este orden social subsistió hasta que la vertebración caminera en la región produjo profundos cambios en la comunidad, dando lugar al surgimiento de la prostitución ofrecida a los viajeros de paso.

Por su parte, Robert Graves ofrece respaldo a favor del matriarcado y del dominio femenino arcaico destinado, no obstante, a desaparecer, al menos relativamente. Según el autor, hubo una íntima conexión entre las religiones británica, griega y hebrea, evidenciada en una cantidad grande de nombres de la Gran Diosa, la deidad de la agricultura, la Tierra-Madre, la Luna o la Diosa Blanca. Pese a la diversidad de rasgos de estas figuras, sus características habrían estado en oposición a la fisonomía de los dioses patriarcales victoriosos de los imaginarios referidos. A diferencia de las semblanzas del poder masculino ostensivo de autosuficiencia y sapiencia, las diosas de origen evocaban la vida, la renovación, el poder de la fertilidad y la protección materna de la familia y el hogar.

Finalmente, Françoise d'Eaubonne, con base en una exhaustiva información, interpretó las religiones antiguas de Mesopotamia, Grecia, Egipto y la región céltica, añadiendo comparaciones con una innumerable cantidad de culturas africanas. D'Eaubonne dice que en la evolución de la cultura occidental adquirió cardinal importancia la imagen arcaica de una Mujer-Serpiente recurrente en varias religiones. Así, la tendencia ginococrática de algunas civilizaciones de la antigüedad (expresada en la imagen de las amazonas por ejemplo), asociaba tal imagen arcaica con rituales, efigies y evocaciones de la fertilidad.

Su universo semántico incluía también la muerte, la Tierra Madre y la Gran Diosa. Cuando tal organización terminó, se habría consumado un guion femenino que redujo el papel de las mujeres a la decoración y la reproducción. Así, el matriarcado fue reemplazado por el patriarcado fundado en la superioridad del varón y caracterizado como androcéntrico, sexista, machista y falocrático.

Bibliografía

- ARIÈS, Philippe et al. (Selección de textos).
1987 *Sexualidades occidentales*. Trad. Carlos García. Paidós Studio. México.
- ARTOUS, Antoine.
1996 *Los orígenes de la opresión de la mujer*. Trad. Helga Pawlowsky. Editorial Fontamara, México D. F.
- BADINTER, Elisabeth.
1993 *XY: La identidad masculina*. Trad. Monserrat Casais. Alianza. Madrid.
- BAUDRILLARD, Jean.
1989 *De la seducción*. Trad. Elena Benarroda. Cátedra. Col. Teorema. Madrid.
- BRACONNIER, Alain.
1997 *El sexo de las emociones*. Trad. Pierre Jacomet. Andrés Bello. Barcelona.
- BRADLEY G., David.
1973 *Las religiones en el mundo*. Traducción de Jaime Macein Sinova. Editorial Mediterráneo. Colección Edime. 1ª ed. Madrid.
- COLER, Ricardo.
2005 *El reino de las mujeres: El último matriarcado*, Ed. Planeta. Buenos Aires.
- D'EAUBONNE, Françoise.
1977 *Les femmes avant le patriarcat*. Payot, Bibliothèque scientifique. Paris.
- DE MIGUEL, Raimundo.
1881 *Nuevo diccionario latino español etimológico*. Agustín Jubera, Madrid.
- ELIADE, Mircea.
1978 *Herreros y alquimistas*. Trad. Manuel Pérez. Editorial Alianza. Madrid, 1993.
Historia de las ideas y de las creencias religiosas. Trad. J. Valiente Malla. Vol. 1: "De la prehistoria a los misterios de Eleusis". Vol. 2: "De Gautama Buda al triunfo del cristianismo". Ed. Cristiandad. Madrid.
- ESQUILO.
1977 *Las siete tragedias*. Editorial Porrúa. Col. Sepan Cuantos. Trad. Ángel María Garibay. 13ª ed. México.
- EURÍPIDES.
1987 *Las diecinueve tragedias*. Editorial Porrúa. Col. Sepan Cuantos. Traducción e introducción de Ángel María Garibay. 15ª edición. México.

FACIO, Alda.

1993 “El derecho como producto del patriarcado”. En *Sobre patriarcas, jerarcas, patrones y otros varones (una crítica género sensitiva al derecho)*. ILANUD. San José.

FALCÓN, Constantino, FERNÁNDEZ-GALIANO, Emilio & LÓPEZ, Raquel.

1980 *Diccionario de la mitología clásica*. Alianza. Dos tomos. Madrid.

GAYTÁN, Carlos.

1995 *Diccionario mitológico: Dioses, semidioses y héroes de la mitología universal*. Ed. Diana. 8ª impresión, México D. F.

GIDDENS, Anthony.

1995 *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Trad. Benito Herrero. Ed. Cátedra. Madrid.

GOLDBERG, Steven.

1974 *La inevitabilidad del patriarcado*. Trad. Amalia Martín. Alianza. Madrid.

GRAVES, Robert.

1996 *La diosa blanca: Gramática histórica del mito poético*. Trad. Luis Etchavarri. Alianza Universidad. Sección Humanidades. Madrid.

1967 *Los mitos griegos*. Trad. Luis Etchavarri. Dos Vol. Losada. Buenos Aires.

HERÓDOTO.

2006 *Historia*. En cinco volúmenes. Trad. y notas de Carlos Schrader. Introducción de Francisco Adrados. Biblioteca Gredos. Barcelona.

HESÍODO.

1997 *Teogonía, Los trabajos y los días, El escudo de Heracles*. Trad. Aurelio Pérez Jiménez. Planeta Agostini. Los clásicos de Grecia y Roma. Barcelona.

HOMERO.

1951 *Odisea*. Traslación a verso de Fernando Gutiérrez. Ed. El mensaje. Colección Literatura griega clásica. Barcelona.

MATTUCK, Israel I.

1971 *El pensamiento de los profetas*. Trad. Elsa Cecilia Frost. Fondo de Cultura Económica. Col. Breviarios. México.

MENDIZÁBAL, Rufo; PÉREZ PICÓN, C.; IBIRICU, F. & MUGURZA, M.

1995 *Diccionario griego-español ilustrado*. Dos Vol. Ed. Razón y fe. 5ª ed. Madrid.

MILTON, John.

1974 *El paraíso perdido*. Traducción e introducción de A. Espina. Editorial Mediterráneo. Colección Edime. 3ª ed. Madrid.

REIK, Theodor.

1975 *La création de la femme. Essai sur le mythe d'Eve*. Traduit de l'américaine par Evelyne Sznycer et Martine van Berchem. Complexe. Bruxelles.

RIFFARD, Pierre.

1987 *Diccionario de esoterismo*. Trad. Néstor Míguez. Alianza Editorial. Madrid.

ROSENFELD, Denis.

1993 *Del mal: Ensayo para introducir en filosofía el concepto del mal*. Trad. Hugo Martínez. Fondo de Cultura Económica. Col. Breviarios. México.

RUBIN, Gayle.

1992 "El problema de la invisibilidad". En *Género e historia: La historiografía sobre la mujer*. Instituto Mora. Univ. Autónoma Metropolitana. México.

SEBASTIÁN YARZA, Florencio.

1954 *Diccionario griego español*. Ed. Sopena, Barcelona.

SOCIEDAD BÍBLICA CATÓLICA INTERNACIONAL.

2003 *La Biblia latinoamericana*. Trad. directa del hebreo y el griego. Coedición de San Pablo y Editorial Verbo Divino. Versión revisada. 91ª ed. Navarra.

SÓFOCLES.

1985 *Siete tragedias*. Editores Mexicanos Unidos. 5ª ed. México.

SOULI, Sofía.

1997 *Vida erótica de los griegos antiguos*. Trad. María Estamatopoulou y Fedra Metaxa. Ediciones Toubi's. Colección Conozca Grecia. Atenas.

VINTEUIL, Frédérique.

1996 "Sobre los orígenes de la opresión de la mujer". En *Los orígenes de la opresión de la mujer* de A. Artous. Trad. H. Pawlowsky. Fontamara, México.

WELTER, Gustave.

1963 *El amor entre los primitivos*. Trad. Rafael Sarió. Caralt. Barcelona.

Este artículo se entregó para su revisión en abril y fue aprobado en octubre de 2014.